

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia

Condición.— El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Laffite, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

### DE HIGIENE

#### Las carnes de reses de Corda

Los vecinos del populoso barrio de Los Dolores, piden elevar una instancia al Ayuntamiento de Cartagena pidiendo que las carnes de las reses de corda que se sacrifican en dicho barrio sean reconocidas, exclusivamente por el médico titular, antes de ponerse á la venta.

En apoyo de su solicitud alegan los vecinos el perjuicio que puede traer á la salud pública el hecho—que se está repitiendo—de que se vende, antes de que el inspector veterinario expida el correspondiente certificado sobre el estado de la res, sacrificada, esta carne á la venta del público, pudiendo darse el caso de que una carne que sea declarada inofensiva por dicha autoridad facultativa, se haya consumido por el vecindario, antes de que á manos del expedidor llegue el documento que acredita su buena ó mala calidad.

Tienen razón no parte, los vecinos al formular ante el alic de esta petición y decimos que en parte por que ni ellos, ni el alcalde, ni nadie, puede restar atribuciones á los inspectores veterinarios, quitañíbilos una facultad que las leyes sanitarias determinan son de su sola y exclusiva competencia.

Los que sí deben hacer—y ya en estas funciones las autoridades gubernativas—es prohibir en absoluto, castigando, que se vendan reses de los contraventores, que las carnes se expogan á la venta antes de que sean reconocidas por el inspector facultativo, cosa que viene ocurriendo no sólo en el barrio de los Dolores, sino en otros barrios y en casi todas las Diputaciones.

Todavía debe recordarse, con verdadero espanto lo ocurrido hace ya algunos años en Canteras, donde fueron atacados de trichinosis muchos vecinos, sufriendo algunos á tan terrible dolencia, por no haber sido reconocidas, previamente las carnes de las reses atacadas de tan terrible enfermedad.

En evitación de esto, deben adoptarse medidas energicas que tiendan á garantizar la salud del vecindario, pero no usurpando facultades al inspector de carnes, ni dando orden á los cesadores y guardas rurales, para que no permitan bajo ningún pretexto sea: puestas á la venta las carnes de corda que no tengan en correspondencia certificado facultativo.

Y si protestá algún especulador por que se creó perjudicado en sus intereses por tener que demorar á go la venta, nuestras autoridades pueden oponer á esa protesta, el texto de las leyes sanitarias que tratan de una manera clara y explicita sobre este asunto.

### Impresiones

#### Preparativos

Como el monótono tic-tac del reloj, así caminamos nosotros por la senda de la vida; siempre igual, antepracticámbamos las mismas costumbres que ogaño; los mismos preparativos para llevar á efecto las fiestas anuales, idénticas celebraciones, iguales impresiones... después... vuelva á empezar... poniéndonos en el Debe del libro de la existencia un año más de vida y en el Haber el transcurso del tiempo que tarda la Tierra en su movimiento de traslación alrededor del Sol, interregno que nos merma el efímero errante del vivir.

### KARUSO

acción del tiempo irán marchitando se, las rejas cuadrilongas así como las cruces rebarnizadas, por efectos de los cambios atmosféricos, palatinamente se descolorarán, los epitafios cada día perdiendo las huellas de su impresión... llegando e próximo aniversario en que aparecerán otra vez renovados por la ártilice mano del hombre.

Entre tanto, los que nos abandonan, reciben cada día que pasa nuevos vecinos que van á aumentar el contingente de ultratumba donde no existen honores, ni bajas, ni ruidos... todos son iguales, únicamente en las fachadas de sus viviendas hay alguna distinción, según los recuerdos afectos ó recuerdos que tengan los familiares de cada uno, pero la materia, no reconoce en su finalidad, privilegios.

### La sombra del amor

Los últimos rayos de sol de una bella tarde caían sobre la arena de la playa y el agua chapoteaba suavemente. Mad. de Renelles levantó la cabeza y miró profundamente á M. de Roubre. Este preguntó:—¿Os ha molestado mi declaración?

—¡Oh!, no, amigo mío. Pues siempre caudados por siendo mi amigo... ¿Por qué vuestra amistad se ha cambiado en un sentimiento de amor? La vida es amarga amigo mío, debo responderos y ser leal. No puedo decirnos que sí, no puedo aseguraros que no. Suspiró fuertemente y concluyó: Porque amo á otro. Tenéis mi secreto y no conceptó á nadie más digno de guardarlo. Amo seriamente, locamente, á uno que no me amará nunca, y, sin embargo, le adoro.

—¿Os desagrada?—No, dijo M. de Renelles.—¿Por qué queréis serlo voz también? Olvidad ese amor; es posible, además, que os hayáis engañado. —No; he dicho cuanto sentía. —Os crece, como vuestro modo de ser y así que si me habéis hablado en esta forma, es porque me amáis verdaderamente, y eso, precisamente es lo que me desespera.

M. de Roubre, respondió:— Vos amáis á uno que no os corresponde. La certidumbre de que no seréis correspondido... no os ha hecho desistir de ello. Seguir amando. Yo me encuentro ahora en el mismo caso, y no por ello he de desistir. —Pero eso es horrible; no quiero. ¡No quiero que sepáis lo que es este suplicio!

—Lo conoceré, sin embargo. —Huiré, y me olvidareis á la fuerza. —No os salvaré, me matará. Si me tenéis alguna afección, no lo haréis. Dejame vivir á vuestro lado como amigo. Os prometió que no haré la menor alusión á lo que ahora estamos tratando. ¡Sufriréis horriblemente!

Tengo el derecho á sufrir por la causa que quiero. Mad. de Renelles bajó la cabeza y dijo:—Sí, tenéis razón; porque es lo que á mi me sucede. Tenéis en cuenta, sin embargo, que no debéis tener esperanza alguna. Mi honradez de amiga hace que lo repita. —Estoy conforme. Regresemos. Ya es de noche.

M. de Roubre y Mad. de Renelles se levantaron, y estrechándose la mano murmuraron silenciosos hacia las casas de Villerolle.

M. de Roubre fué el amigo último de "Madame" de Renelles. Le hubieron nunca alusión á su amor. Se comprendió, porque cada uno de ellos extraña en su pecho un amor que no era correspondido.

Mad. de Renelles se reprochaba su conducta con dureza. Consideraba inhumano el comportamiento permanecer al lado de aquel hombre horriblemente infeliz, y sabiendo que la amaba. De vez en cuando recordaba su amor no correspondido.

El escuchaba la compadecía. Le parecía que Mad. de Renelles hablaba de su propia mal. Ella, mujer joven, bella, rica, libre, con amada por un amor irrealizable. El, hombre á quien hubiesen adoptado como marido muchas mujeres. Sin embargo, llegó un momento en que no pudieron pasarse el uno sin el otro y hasta llegaron á hacerse la ilusión de que se amaban.

La sombra del hombre amado por Mad. de Renelles se interponía entre

ambos. En tanto en el extranjero. Durante muchos meses, ella tenía derecho á mostrar su dolor, sufrió grandemente. Ya no sabía de qué hablar.

Ella sentía algunos momentos de angustia aunque no había dado esperanza alguna al hombre que la amaba.

Los dos habían envejecido. Ella no creía ya poder ofrecer nada después de haber consagrado su juventud á otro hombre. M. Roubre no hacía alusión alguna á una unión imposible.

El hombre querido por ella había muerto. Reflexionando ella después de algún tiempo, comprendió todo lo o urrido, descubriendo la sombra del amor, sus más puras alegrías y sus más profundas ternezas. Se representó, por lo que ella odiaba, lo que sería de M. Roubre si ella muriese. El silencioso, melé á su herética promesa, la veía pensar leyendo en esta alma una alegría misteriosa. En fin, un día le pidió volver á vase de nuevo en la misma playa de Villerolle. Se levantaron a la misma hora y en el mismo sitio. Recordando su antigua conversación, se miraron borrando silenciosamente.

Ella le miró de la delicadeza de no dejaba hablar en primer término. Comprendía vagamente algo de lo que se proponía Mad. de Renelles al llevarle á aquel sitio donde tuvieron su primera conversación de amor. El tomó una de sus manos y dijo en voz baja:

—¿Qué queréis de vuestro amigo? —No podré daros tanta alegría como pensáis que os he causado? —El añadió.

—El ser amado no es nada. Amar es lo que constituye el amor, aunque no sea uno correspondido. Ella le miró comprendiendo por esas palabras el secreto en aquella alma superior inmensamente á la suya. Y en la penumbra de la playa, con el olor salino de la brisa, su boca depositó en los labios de M. Roubre el beso de pasión que otro había menospreciado.

### UNA PROTESTA

En nuestro número anterior dábamos cuenta de haberse presentado al Sr. Alcalde una numerosa comisión de vecinos de las diputaciones del Algar, Beal, Llano y Estrecho, protes-

tando de la construcción de un maldeto que se intentó establecer en el término de dichas diputaciones para obligar á los vecinos de todas ellas á que sacrificasen las reses, vacunas y de corda en dicho establecimiento.

Las Sres. Luengo y Rubio que figuraban al frente de dicha comisión, presentaron ante vuestra primera autoridad municipal los graves perjuicios pecuniarios é higiénicos que reportaría á los vecinos de dichas diputaciones la creación de este maldeto.

Es de todos conocida la pena que para que atraviesan estos pueblos eminentemente mineros con la paralización de nuestra sierra y claro que sería aumentar la angustiosa situación en que se encuentran si se elevara—como tendía necesariamente que elevarse—el precio de las carnes, para sacar de ellas el impuesto que se estableciera por derechos de matadero, y conducción de las mismas á los pueblos citados.

Pero, como el expediente estará expuesto al público durante el plazo que la ley marca para que se hagan las reclamaciones que se crean oportunas tiempo tienen todavía los que se crean perjudicados de formular su protesta ante el Ayuntamiento para que éste resuelva en definitiva.

Así lo entendieron los comisionados encargados de la redacción del documento al letrado Sr. García Vaso.

### DE SOCIEDAD

Después de gestionar varios asuntos, relacionados con la instalación del servicio de automóviles para pasajeros y mercancías en esta provincia, ha regresado de Murcia, nuestro querido Director Sr. Moncada.

Se halla sígo aliviado de su dolencia, nuestro amigo el médico D. Luis Soter.

### Educación de muchachos

Cuadros sombríos, tétricos, recargados de tristezas augurientas han vuelto á surgir en la crónica sensacional de los sucesos, fuente de curiosidades insanas que el vulgo trata de saciar en las informaciones periodísticas.

Los que beben en esas fuentes y quienes la alimentan quedan á la altura de las babuchas malhomadas; y parece extraño que gentes accidentales puedan todavía encontrar interesantes narraciones de este estilo, tan amparosas, tan vacías de sentido, tan soporíferas.

—Doña Tecla  
—Yo no lo invento.  
—Y yo dudo de todo lo que me digas.  
Se exajera muchísimo, mucho; si fuéramos á creer en habillitas de importancia, también tiene usted su fama rodando por esos mundos.  
—¿Qué dice usted?  
—Que la tildan de entrometida.  
—¿Qué insulta?  
—Y de chismosa.  
—¡Cállate!  
—Y la han puesto en mala cuenta; la llaman á usted "Gaceta del barrio".  
Doña Stebuto, bien se conoce vivimos con gentuza, entre palurdos.  
—Y dicen de usted que desde el mes de julio no le ha pagado al casero.  
—¡Jesús, Jesús, cuánto absurdo! ¿Y quién lo dice?  
—Pues, todos.

en la vecindad; y muchos, agregan...  
—Si, tal: que mató usted á su difunto á pesadumbres.  
—¿Qué lenguas de escorpión! ¡Y yo, que huyo de saber vidas ajenas; yo que de nadie me ocupo, estoy sirviendo de blanco á la malicia del público! ¡Ay, no sé lo que me pasa! ¡Yo estoy nerviosa, yo sudoi Vecino: con su permiso me voy adentro; presumo que estoy enferma.  
—Señora, siento en el alma el disgusto, y deploro haberlo dicho...  
—¡Ay, no señor!  
—Yo no sudo, digo las verdades claras.  
—Y yo lo agradezco mucho, por que así ya sabe una á qué atenerse. Bien supo lo que se dijo, si que dijo

que un anónimo tal vez desbaratara el asunto.  
—No haga usted eso, señora. ¡Pues está bueno el discurso! Deje usted que los demás se gobiernen á su gusto, con usted ya tiene bastante, con atender á lo suyo.  
—¡Y, no es cargo de conciencia! —Déjese usted de prejuicios, que lo que á mí me conviene es que se casen.  
—¿Qué se casen? —Tengo en mi casa un reloj, dos pantalones, un riño y algunas otras frioleras que le he empeñado á ese tuno, y además le tengo dados al diez por ciento, diez duros, los cuales si no se casan, contaré con los difuntos.  
—Y ha espuesto usted su dinero!... ¡Válgame Dios, trino y uno! —Y qué hacer? ¿Le sabe usted que ha mucho tiempo, espucito con el préstamo.  
—Por eso

—Buenos días, doña Tecla.  
—Felices, don Stebuto.  
—¿Qué hace usted tan de mañana y con un tiempo tan crudo asomada á ese balcón?  
¿No vé que es casi seguro pescar una pulmonía?  
Usted no se quiere mucho.  
—No soy friolenta. Además con este mentón me cubro perfectamente. ¿Ve usted? Abrija más que un feludo; ¡Como que es todo de feipal